

DIERON LAS NUEVE EN EL RELOJ

Con esa exactitud tan característica de la tecnología, todos los automóviles apagaron sus motores al mismo tiempo. Los relojes marcaban las nueve, los letreros de neón iluminaban la noche. Primero reinó la confusión; después el alboroto, el griterío, las protestas y, finalmente, el pánico se apoderó del asfalto. Aunque eran frecuentes los atascos en los fines de semana y en los puentes, nadie se había visto hasta entonces en semejante situación. No podían circular.

La decisión no dependía de ellos sino de un ser con el que siempre habían compartido tiempo y tareas, que les había facilitado el trabajo dentro y fuera del hogar, que una vez programado controlaba los electrodomésticos, la calefacción, el aire acondicionado, la compra semanal, la elaboración de los menús, la limpieza de la casa y todo aquello que estuviera relacionado con la comodidad.

Aquella máquina fue creciendo a su lado sin que nadie reparara en lo que algún día pudiera llegar a ocurrir. Nadie cayó en la cuenta de que cabía alguna posibilidad de estar permanentemente encadenados a su voluntad: tan fría, tan mecánica, tan distante... Que perderían no solo su idolatrada libertad, el hacer lo que les viniera en gana porque, dado su nivel de vida, se lo podían permitir, sino también su autonomía, no en balde su grado de dependencia mostraba una progresión cuasi geométrica. Sin ella la existencia carecía de sentido.

Estaban enamorados de ese ser superior, lo sabían. Esa era la verdad, aunque no lo reconocían en público porque los dogmas se mantenían vigorosos en el proceso de socialización de los individuos y había cuestiones que ni siquiera se podían plantear: no estaba bien visto que el ser más inteligente y creativo del planeta admitiera semejante desatino.

El Gran Ordenador detectó que se había sobrepasado la línea roja de la contaminación. Ese fue el hecho objetivo que había originado el parón. Los conductores, tras el desconcierto y la gresca inicial, se miraron unos a otros con recelo y cerraron las puertas desde el interior. La noche era la mejor aliada para aquellos que la envidia no les dejaba vivir, para quienes deseaban con todas sus fuerzas apoderarse de lo ajeno, para

aquellos que buscaban el jaleo y la destrucción, para aquellos que, sentados sobre un viejo colchón, en el mejor de los casos, o sobre un simple cartón, les miraban con media sonrisa y aspecto burlón.

Todo era vana ilusión. Desde hacía cientos de años solo habitaban la ciudad las personas que habían superado con éxito las continuas crisis (económicas, sanitarias, medioambientales, científicas, cibernéticas), los que habían mostrado mejores capacidades para adaptarse a las nuevas circunstancias. Los primeros en desaparecer fueron los barrios humildes, después les tocó el turno a las ciudades dormitorio y finalmente a las poblaciones del cinturón logístico e industrial.

No había trabajo, los robots cumplían perfectamente su función y con ellos la paz social estaba asegurada. Las prestaciones sociales suponían un gasto desorbitado y, por ende, eran una mala inversión. Los accionistas no estaban dispuestos a ceder, su objetivo era ganar cada año más que el anterior. La reproducción artificial se había impuesto en la sociedad de la postverdad y las altas instancias la tenían bajo control. Ya no había gente extraña en la ciudad. La diversidad enriquece habían llegado a decir los activistas y los populistas en sus “fake news” antes de que comenzara la extinción.

Los magnates de la industria del motor se quejaron con urgencia al Presidente del Gobierno. Este, aunque tardó un tiempo, decidió apagar el ordenador del Ministerio del Medioambiente, no sin antes detener a los representantes de una exótica asociación, autodenominada Asociación Ecologista Radical. De nuevo volvió a instalarse la consigna: “Si no estás conmigo estás contra mí”.

Con el paso del tiempo, el miedo y la asfixia fueron diezmando a la población. Ahora circulan por el asfalto unos seres monstruosos adaptados al chantaje y a la polución.